



02/ La humanidad de nuestro cuerpo

Felisa Elizondo,
Profesora de Antropología teológica.
Instituto Superior de Pastoral. Madrid.
(Universidad Pontificia de Salamanca)

Reflexionar sobre nuestro cuerpo nos lleva a considerar el carácter único, singular del mismo, en definitiva: su humanidad. Son muchas las disciplinas científicas que mantienen un debate alrededor de que es el hombre, analizando conductas, propiedades y facultades.

Comprender a nuestro cuerpo nos ayuda a entender todos los aspectos que configuran el concepto dignidad. Los seres humanos aceptando su condición biológica, son capaces de pensar, de desarrollar una capacidad moral humana, de escoger unos determinados valores para la vida y de actuar conforme a esos valores.

Palabras clave: Cuerpo, Dignidad, Humanidad, Personalidad.

Reflecting on our body leads us to consider the unique, singular nature of it, in short: its humanity. There is an endless number of scientific disciplines that hold a debate about what man is, analyzing behavior, properties and powers.

Understanding our body helps us to understand all the aspects that make up the concept dignity. Accepting their biological condition, humans are able to think, to develop a human moral capacity to choose certain values for life and to act according to those values.

Key Words: Body, Dignity, Humanity, Personality.

1/

Una corporeidad única.

Se ha dicho con razón que una mejor comprensión de nuestro cuerpo es indispensable para entender adecuadamente los diversos aspectos de nuestra vida personal y para reconocer en nuestra carne cuanto de valioso y respetable contiene la palabra dignidad.

Hace unos decenios, **Ruiz de la Peña**, interesado siempre por una antropología cristiana afectada por cuestiones candentes, se hacía eco de la actualidad de la pregunta qué es el hombre.

La cuestión venía suscitando un debate interdisciplinar al que, además de filósofos, psicólogos, y teólogos - considerados hasta hace poco los

“Entendidos en la materia” -se sumaban etólogos, biólogos, neurólogos y especialistas en cibernética. Advertía también que el tradicional binomio alma-cuerpo, que recorre la historia del pensamiento, estaba siendo sustituido por el de mente-cerebro.

Pero -concluía- las preguntas duran y siguen dirigiéndose a la conducta, las facultades y propiedades de este ser que somos, al fenómeno hombre, y nunca son satisfactoriamente respondidas (**Imagen de Dios, 1988**).

No lo son a pesar de la interminable bibliografía que pueden exhibir las distintas “ciencias del hombre”, ahora más atentas que nunca a la condición corporal. Por esos mismos años, Laín Entralgo publicó también páginas interesantes para conocer el que pudiéramos llamar “estado de la cuestión” (**Laín Entralgo, 1989, 1991**).

Los trabajos sobre temas relacionados con la antropología se multiplican y con ellos aflora la interrogación sobre lo peculiar y significativo de nuestra corporeidad.

Esperablemente, las reflexiones sobre nuestro ser son al mismo tiempo intentos de comprender el carácter único, singular y original: la humanidad de nuestro cuerpo. El significado de nuestro cuerpo, la percepción interior que de él tenemos, su carácter de “**cuerpo vivido**” resultan temas ineludibles en la antropología actual.

Revierten en la comprensión de la medicina y tienen innegable alcance en la ética. La corporeidad se hace presente en el mundo de la comunicación y las relaciones humanas: pensemos en la sexualidad, en los gestos de ternura, en el cuidado, en la gestualidad de nuestras manos, en la expresividad de una mirada, o en el brotar de las lágrimas. La intelección de la conducta ajena y de la conducta propia exige incorporar al saber explicativo algo a lo cual este no puede llegar.

Ya desde comienzos del siglo pasado se ha venido advirtiendo que la pregunta por lo que somos cobra relieve en tiempos de crisis, provocada a veces por el riesgo de inhumanidad presente en actuaciones o en formas de pensar.

Que es urgida también por el espectacular avance de las ciencias que, al añadir nuevas piezas al puzzle, obligan a modificar la comprensión de nuestra realidad humana, y a atender a la corporal como dimensión inseparable de nuestro existir. En un conocido ensayo sobre el “lugar” clave para comprender lo humano que es la relación interpersonal, **M. Buber (1981)** dejó escrita esta observación:

Sigue siendo necesario avanzar en una reflexión sobre el ser humano que reconozca su valía

“Las épocas de la historia del espíritu en que le fue dado a la meditación antropológica moverse por las honduras de su experiencia fueron tiempos en que le sobrecogió al hombre el sentimiento de una soledad rigurosa, irremisible; y fue en los más solitarios donde el pensamiento se hizo fecundo. En el hielo de la soledad es cuando el hombre, implacablemente, se siente como problema, se hace cuestión de sí mismo, y como la cuestión se dirige y hace entrar en juego a lo más recóndito de sí, el hombre llega a cobrar experiencia de sí mismo”.

Si la asociación entre soledad, intemperie, situación de crisis e interrogación es pertinente, el interés actual por la antropología en sus diversas vertientes sería un indicador de que atravesamos un tiempo en que una humanidad “sin hogar” reabre a nueva profundidad la cuestión sobre sí misma.

Por otra parte, a propósito de la diversificación de las “ciencias del hombre”, se ha advertido más de una vez que la crecida en el conjunto de datos - que venía registrándose ya desde finales del XIX- no equivale a un auténtico “saber” sobre lo que somos:

“Ninguna época ha sabido conquistar tantos y tan variados conocimientos sobre el hombre como la nuestra... Sin embargo, ninguna época ha conocido al hombre tan poco como la nuestra. En ninguna época ha resultado el hombre tan problemático como en ésta”.

Y más recientemente, el teólogo **Pannenberg (1976)** entraba en la discusión reconociendo que vivimos en una época de dominio antro-

pológico en la medida en que una de las aspiraciones del pensar de nuestros días es la creación de una ciencia del hombre que lo abrace completamente. En nuestros días -terminaba afirmando- cuando las ciencias alcanzan el prestigio que en otros tiempos tuvo la metafísica, resulta necesario superar una visión fragmentada.

Por tanto, sigue siendo necesario avanzar en una reflexión sobre el ser humano que reconozca su valía a las aportaciones llegadas desde distintos ángulos, que acepte las cuestiones que esas ciencias entreabren, pero que sostenga la interrogación por el qué somos, sin parcializar ni acortar las respuestas.

Se entiende que el desafío movilice el interés de los filósofos y que las posibilidades de una comprensión renovada susciten expectativas en el terreno de la antropología filosófica (**Domingo Moratalla, 2007**).

Y que lo haga en la teología. Está en juego el carácter de veras humano de nuestro cuerpo, inseparable de nuestro existir personal, y de su dignidad. Algo que tiene innegables consecuencias éticas y que no es ajeno a la esperanza teológica que habla -con una fórmula que merece ser reconsiderada- de la “**resurrección de a carne**”.

2/

Reivindicación del cuerpo.

Científicos y pensadores han contribuido a poner en primer plano el problema (**Marcel** llega a hablar de misterio) del cuerpo.

Son conocidos y citados los ensayos de **Maine de Biran**, ya de los primeros decenios del XX. En ambiente español, **Ortega y Gasset** avisaba en 1926 sobre

“Un hombre europeo que se dirige recto a una gigante reivindicación de su cuerpo, a una resurrección de la carne”.

Abundantes trabajos posteriores no han hecho sino confirmar la tendencia ofreciendo un enorme caudal de observaciones sobre la peculiaridad del “cuerpo de animal racional” que es el humano.

Que somos corpóreos, que el cuerpo nos conforma en nuestra identidad personal, no parece admitir discusión. Nos reconocemos deudores de condiciones bio-psico-físicas al igual que lo somos de la sociedad, de la historia y la cultura en que estamos inmersos o por las que atravesamos en nuestra vida.

Pero no resulta fácil a estas alturas del desarrollo de las varias ciencias que tienen por objeto el ser humano, “pensar” comprensivamente el cuerpo. Nuestra expresión, nuestra presencia en el mundo, la comunicación y otras tantas acciones son corporales.

Nuestra relación con él no es como la que se da con otro objeto sino que nuestro cuerpo es “vivido”. Y es modelado por distintos factores biológicos y biográficos.

De ahí que el panorama de las diversas y nuevas antropologías deja percibir lo inconcluso de cada una, y la necesidad de plantear un diálogo a múltiples voces para llegar a una visión más integradora, que se aleje tanto de espiritualismos como de materialismos reductores.

Una pluralidad de abordajes como no se había dado antes se presenta en forma de otras tantas “antropologías” que, adjetivadas de acuerdo con el ángulo de mira específico, ofrecen las más variadas “definiciones” del ser humano, puesto que se refieren a muy diversas facetas y niveles de esta realidad. “Definiciones” no siempre fáciles de sostener conjuntamente.

De ahí que se reconozca la necesidad de avanzar, más allá del cúmulo de datos, hacia una visión renovada de la compleja unidad que somos.

3/ Hacia la superación de dualismos.

En la búsqueda de formulaciones más satisfactorias contamos con estudios detallados sobre la larga historia del encuentro y confrontación del pensar griego con la tradición bíblica y cristiana. Para dar cuenta de lo que somos se han mantenido siempre en tensión términos como espíritu y materia o alma y cuerpo.

Aunque ofreciendo matices que no se pueden ignorar, una propensión dualista ha prevalecido secularmente al menos en la tradición de occidente, por resultar más adecuada para decir de la excelencia de seres dotados de inteligencia y libertad, como garantía, siquiera lejana, de otro vivir tras la muerte.

Y cuando lo anímico ha sido considerado como representativo de lo humano ha comportado cierto olvido o la desconsideración del otro término del binomio.

Ciertamente, si la desatención y aun sospecha sobre la carne respondían a una antropología “espiritualista”, al menos en sus formulaciones más radicales, en el panorama actual prima otro riesgo: el de reducir la consideración de lo humano, y aun del cuerpo mismo, a sólo su materialidad.

Una parcialización que tiene representantes conocidos en la discusión académica. Se trata de formas de pensar que propenden a hacer irrelevante la diferencia respecto del mundo animal,

En toda actividad humana está implicado todo nuestro ser por la esencial relación entre conciencia y cuerpo

o caen en un monismo que en niveles superficiales se expresa en el llamativo “culto” de la figura, en la llamada “cultura del cuerpo”.

Pero las posiciones más atendibles sostienen la convicción de que somos un conjunto, una unidad psicofísica. En toda actividad humana -también en el más elevado pensar o en el dolor moral - está implicado todo nuestro ser por la esencial relación entre conciencia y cuerpo: el cuerpo - vino a concluir **Cl Bruaire (1968)** un filósofo que se interesó pronto sobre el tema - es implicación esencial de la existencia humana.

Es sabido que en la mentalidad bíblica - y en pensadores cristianos ya desde la antigüedad - la esperanza de resurrección y la ascensión de esta carne humana por el Verbo han actuado como correctivos importantes. Al repasar textos cristianos primitivos encontramos una insistente defensa del cuerpo como obra del Creador, y por tanto valiosa:

“No permitas que nadie afirme que este cuerpo nada tiene que ver con el Señor”,

Leemos en una catequesis de **San Cirilo de Jerusalén (314-387)**.

“Aguardamos la primavera de nuestro cuerpo”

escribió el autor de **Octavio (s III)**. El cuerpo es “lugar teológico”, se dice hoy, queriendo expresar lo que la comprensión creyente puede aportar a la conversación de los saberes sobre el destino de gloria que nos aguarda, la transformación de nuestra experiencia mortal en vida resucitada. El intento de pensar más unitariamente invita a los distintos saberes: ciencias, filosofía y teología, a avanzar hacia

una comprensión más integradora de nuestra condición.

“Nuestra conciencia es a un tiempo biológica y humana, humanamente biológica”.

sintetizaba **Laín Entralgo (1989)**, y añadía que el conocimiento de la conducta humana no puede ser satisfactoriamente alcanzado con lo que acerca de ella dicen las ciencias explicativas:

“Para una teoría cabal del comportamiento del hombre, la explicación de lo que acontece en el cuerpo humano es una condición necesaria, pero en modo alguno puede ser suficiente (...) Explicación y comprensión se complementan y coimplican.

4/ El cuerpo recuperado.

En este modo de pensar se encuentran afirmaciones llamativas como “soy un cuerpo” (bien es verdad que admitiendo a la vez la posibilidad de afirmar que “tengo un cuerpo”) o “soy un cuerpo que dice yo”.

Con todo, los intentos de abarcar la complejidad y de hablar más adecuadamente de nuestra corporeidad se encuentran con el desafío de salvar la distancia sin negar cierta continuidad, con el mundo material y con el animal más cercanamente.

Además, esta implicación de la corporeidad en el existir plantea también la necesidad de pensar la muerte con fórmulas que superen aquella “separación de alma y cuerpo” con la que tantos manuales y catequesis se referían en el pasado a ese trance. En la teología actual se insiste en que la fe en la resurrección no equivale al pensamiento de la inmortalidad, sino que apunta nada menos que a la trasfiguración de nuestro “cuerpo de carne” en “cuerpo de gloria”.

Una confianza sostenida no ya en argumentaciones filosóficas sino en la relación ofrecida gratuitamente por Aquel que nos ha querido así, seres corporales, y no retira su promesa de vida. Aunque hayamos de aceptar que no sea este un lenguaje esperable ni en la ciencia ni en la filosofía, y que la respuesta creyente a la cuestión de cómo los cuerpos resucitan ha de orientarse por una exégesis atenta al modo de decir simbólico de los propios textos bíblicos (1 Co 15:34-49).

5/

Hacia una síntesis difícil, pero irrenunciable.

Si en la mentalidad actual la “cultura del cuerpo” traspasa las pantallas, un pensar más serio explora hoy mismo otras honduras. Aunque resulta difícil dar cuenta exacta de las directrices en que se mueven las búsquedas variadas (basta pensar en terrenos como la genética o en el conjunto de las neurociencias que ocupan un espacio cada vez mayor en el cauce inicial de la biología), se puede advertir un intento de “recuperar” a otra altura aquella comprensión más integradora gracias al diálogo entre saberes.

A esa recuperación de la humanidad de nues-

tro cuerpo se refiere un paleontólogo **Sequeiros (2007)** que concluye su intervención a propósito de las nuevas perspectivas científicas y filosóficas sobre el ser humano, y que reproducimos por su interés para nuestro tema:

“Tanto la teología como la ciencia favorecen en la actualidad una visión de la persona como unidad psicosomática multistratificada que es organismo biológico y yo responsable al mismo tiempo. La vida humana tiene algunos niveles en común con toda la materia, con los seres vivos, con los animales.

Pero hay niveles exclusivamente humanos. La capacidad moral humana, enraizada en la biología, la separa de ella al adquirir la condición racional y la capacidad de elegir en función de unos valores. Los humanos trascendemos la mera instintividad biológica y somos capaces de emerger libres a valores diferentes.

Somos más que biología. Nuestra conducta se halla constreñida por los genes (no totalmente determinada). El yo no debe ser concebido como una entidad separada y autónoma, sino como la persona en su actividad unificada de pensar y sentir...y amar. El cerebro es proveedor de información no sólo intelectual sin también afectiva y volitiva. Pero es más que eso: “tenemos posibilidad de ver globalmente y de ser solidarios y responsables del otro.”

Por otra parte, tanto en la antropología filosófica como en la teología, se advierte ahora mismo una preocupación semejante.

El Concilio Vaticano II en un texto importante cuidó de formular la realidad humana lo más unitariamente posible:

Nuestra corporeidad es específicamente humana

dan pautas de comportamiento fijadas por los instintos sino un hiato que consiente la actuación en libertad.

Hay continuidad y ruptura en la evolución lo que comporta ciertas deficiencias biológicas respecto de otros animales pero también una capacidad de conocer u obrar libremente (**Vicente Arregi y Choza, 1995**).

Siguiendo de cerca reflexiones que han incidido en los planteamientos antropológicos, aceptamos hoy que el ser humano es una síntesis de biología y cultura, que la biología es condición de posibilidad de la cultura, aunque ni la agota ni determina del todo.

El animal humano- se reconoce - es una novedad, una unidad psico- orgánica, que escapa a la fijación biológica y genética, y se constituye en naturaleza abierta, en un ser libre y responsable de sí y en relación con las otras realidades.

Un ser que construye una biografía. Por esa “específica estructura” (la terminología llega desde las formulaciones de **Zubiri**), la realidad humana posee muchos elementos comunes con los demás animales, pero es una estructura psico-orgánica única, ya que la animalidad ha sido elevada por obra de las mutaciones genéticas.

Una determinada estructura cerebral (que los más recientes estudios de la neurociencia se esfuerzan en analizar) consiente el surgimiento de una mente capaz de superar determinismos biológicos o genéticos. Capaz de un sentir inteligente como es el humano.

Admitir, a partir de lo que ofrecen las ciencias, que se ha dado un proceso evolutivo en el que se da un emerger bio-cultural de lo humano es avanzar hacia la superación de visiones reductoras como las del materialismo o monismo fiscalista, y dejar atrás planteamientos dualistas.

Esta perspectiva permite sospechar, desde nuevas perspectivas, lo original de nuestra

“En la unidad de un cuerpo y un alma el hombre, por su misma condición corporal, es una síntesis del universo material, el cual alcanza por medio del hombre su más alta cima alza la voz para la libre alabanza del Creador.

No debe por tanto, despreciar la vida corporal, sino por el contrario, debe tener por bueno y honrar a su propio cuerpo. Como criatura de Dios que ha de resucitar en el último día”.

Con su resistencia, peso, heridas y dolor, nuestro ser reclama que glorifiquemos a Dios con nuestro cuerpo, sigue diciendo el **Concilio (cf GS 14)**, Este lenguaje, con sus límites pero también con su autoridad, muestra que el modo cristiano de pensar el cuerpo se ha beneficiado de aquel intento de recuperación de la unidad, y se suma a los de afirmar y defender el carácter irremisiblemente humano de nuestro cuerpo, con su innegable dignidad. Aunque hayamos de reconocer que no resulta fácil salir al paso de la sospecha de enemistad con “la carne” que suele verterse sobre el cristianismo, derivada -como decíamos- de cierto dualismo que ha influido en la tradición espiritual.

6/

Concluyendo.

Nuestra corporeidad, se viene insistiendo, es específicamente humana pues, al decir de los clásicos, la excelencia de las facultades superiores hace que nuestras capacidades de sentir, desear o elegir excedan las de los animales superiores y gocen de una apertura y plasticidad únicas. En los humanos no se

condición y afirmar la humanidad de nuestro cuerpo.

Los avances de las ciencias representan, desde luego, retos importantes para una comprensión de nuestro ser que no quiera desdeñar esa originalidad, una comprensión como la que sostiene la visión creyente. Pero esos saberes ofrecen también apoyos a una visión humanista, y también cristiana, del ser humano.

Ciertamente una especie más en el conjunto de la biosfera, aunque dotada de una singular naturaleza, que comporta inteligencia, libertad, responsabilidad, lenguaje, sociabilidad, y demás cualidades específicas, con ayuda de las cuales podemos llegar a ser conscientes de la acción de Dios que nos ha llamado a la existencia y nos ofrece gratuitamente su salvación (**Beorlegui, s.d**).

Y, como adelantábamos, no es difícil reconocer la importancia de esta comprensión de una corporalidad así “estructurada” para plantearlas bases de una ética, de una ética médica y de una ética de las relaciones interhumanas.

Corporeidad, humanidad, personalidad y dignidad son términos a poner en relación para hacer justicia a la realidad de los humanos, que son sujetos éticos y responsables de serlo respecto de sí mismos y de los demás. Sujetos únicos y solidarios a la vez.

Marcados por una incurable apertura a lo que les trasciende y capaces de esperar más allá de los límites de su vivir primero, tal como expresa una fe - esperanzada que no ha dudado en afirmar que nuestro “cuerpo de carne”, tantas veces también cuerpo desgastado o sufriente, será al fin “cuerpo de gloria”.

Pocos lo han expresado como el poeta **José María Valverde (1990)** en estos versos finales de una “Elegía del cuerpo”:

“ ...Pero no, pobre cuerpo,
Dios nos dará al entrar en sus dominios
El casco y la coraza de su soplo.
Seremos diferentes, claros, bellos,
Y seguiremos siendo nosotros,
sin embargo...”

Bibliografía

- ▶ **Beorlegui C. (n.d.)**. El proceso de globalización en lo cultural. *Recuperado 26 septiembre, desde www.uca.edu.sv/filosofia/admin/files/1207347370.pdf*
- ▶ **Bruaire C. I. (1968)**. Philosophie du corps. *Paris : Seuil*.
- ▶ **Domingo Moratalla T. (2007)**. ¿Cómo pensar al ser humano? Hacia un saber del entre, en *L. Feito (ed.)*, Nuevas perspectivas científicas y filosóficas sobre el ser humano (p. 93-117). *Madrid: Universidad de Comillas*.
- ▶ **Pannenberg, W. (1976)**. El hombre como problema. Una antropología teológica. *Barcelona: Herder*.
- ▶ **Heidegger M. (1951)**. Kant and das Problem der Metaphisik. *Frankfurt: Vittorio Klostermann*.
- ▶ **Imagen de Dios**. Antropología teológica fundamental. (1988). *Santander: Sal Terrae*.
- ▶ **Lain Entralgo, P. (1989)**. El cuerpo humano. Teoría actual. *Madrid: Alianza*.
- ▶ **Lain Entralgo, P. (1991)**. Cuerpo y alma. Estructura dinámica del cuerpo humano. *Madrid: Espasa-Calpe*.
- ▶ **Buber, M. (1981)**. ¿Qué es el hombre?. *México: FCE*.
- ▶ **Sequeiros L. (2007)**. Nuevas perspectivas del ser humano desde el conflicto entre la ciencia y la religión, en *L. Feito (ed.)*, Nuevas perspectivas científicas y filosóficas sobre el ser humano (p. 164-165). *Madrid: Universidad de Comillas*.
- ▶ **Valverde J.M. (1990)**. Elegía del cuerpo. Poesías reunidas. *Barcelona: Lumen*.
- ▶ **Vicente Arregui J., Choza J. (1995)**. Filosofía del hombre. Una antropología de la intimidad (4ªed.). *Madrid: Rialp*.